

**Mónica Morales**

El sujeto arma a partir de su decir, un campo de saber. Y a ese que se le supone el saber, lo ama. Amor y saber se ligan.

El odio, a diferencia del amor, nada quiere saber.

Se dice que en el amor se apunta a la unión, a la ilusión de completud del sujeto con su partenaire, a obturar la falta en ser constitutiva del hablante. Pero lo que despierta el amor por el otro es su falta, porque en el amor se trata del reconocimiento del modo en que el partenaire se encuentra afectado por los efectos del saber inconsciente. ¿Se trata del amor al inconsciente? Entonces, se podría decir que el amor testimonia que no hay relación sexual.

Existe una diferencia que hace a lo singular del goce de cada uno, goce que se ubica en el lazo social que es el discurso. Ahora bien, el odio rechaza, borra esa diferencia.

Solemos diferenciar agresividad de odio. Pero intentemos diferenciar también dos clases de odio.

Leyendo a Guy Le Gaufey<sup>1</sup>, encontré que habría un odio que se vale del lazo especular. Y un odio que prescinde de él.

Hay un odio que requiere del amor, del amor que se dirige al otro, y a la propia imagen. Viene cuando se produce la decepción. En este caso, el odio es el desenlace inevitable del amor.

Lacan dice que la imagen especular representa una barrera contra lo “pacífico del amor materno”, lo dice en el seminario *La transferencia*. La imagen hace corte a ese “todo” de la libido. Seguramente porque la imagen se produce gracias al Ideal del yo que pone en juego el no-todo. En ese sentido la agresividad apunta a la imagen especular. Es una tensión con la propia imagen en el otro.

Así como el amor ama a la imagen, el odio se dirige a su defecto estructural. Se trataría de un investimento libidinal que no alcanza la ilusión especular, lo que falta al llamado del amor. O quizás se generaría cuando cae lo especular

---

<sup>1</sup> Guy Le Gaufey: Litoral, La transferencia.

Entonces, el odio no remite a un enfrentamiento sino que constituye más bien el producto de una falta de enfrentamiento.

Otro es el odio de Creonte. Creonte ataca la inscripción de los hermanos, tanto vivos como muertos, en la ciudad.

Este ya es un odio que está más allá de la imagen, no apunta al otro como semejante y no se conforma con su muerte, sino que busca aniquilar la representación.

Es el rechazo a la mediación del lenguaje, es el odio de lo simbólico. Se podría pensar que reina el “hacer que eso no haya ocurrido”.

Así como el amor proviene del lazo social, el odio se lleva bien con el goce en tanto el goce oprime al sujeto.

Por eso rompe el lazo social y produce una fractura en la sociedad. Aquel que porta el odio intenta por todos los medios denegar la división del sujeto en nombre de algún Otro Todopoderoso. Aunque se disfrace de reparador de la justicia termina constituyendo una injusticia aún superior, en nombre de la buena conciencia o de la pureza de la raza o religión.

Es mudo, ya que no hay lugar para alguna instancia jurídica que permitiría que la palabra tome lugar.

Que no haya lugar para la palabra quiere decir que no hay metáfora posible. Podríamos decir que está en la base de cualquier fundamentalismo.

Recuerdo aquella frase de Pierre Legendre que se refería a la modernidad como “la máquina de fabricar cadáveres”<sup>2</sup>. Sólo hay cadáveres apilados, los cuerpos desaparecen. Claro que de la mano de la tecnología, el cientismo como el mismo autor decía.

Cuando los cuerpos desaparecen es que también se ha intentado abolir al sujeto. El odio es mudo y pretende acallar al sujeto. Al sujeto del deseo.

Aquel que se encuentra presa del odio se presenta como portador del Bien y de lo limpio. Garantiza una limpieza total.

Hay formas distintas de acallar al sujeto, más sutiles pero todas con la complicidad de un aparato estatal.

---

<sup>2</sup> Pierre Legendre: El crimen del cabo Lortie.

No es hoy mi tema pero no dejo de pensar en la embestida de las neurociencias y los DSM que nos asedian.

Para concluir. Voy a leer una nota que extraje de un diario<sup>3</sup> de Buenos Aires. Dice:

“Sentado en una silla de plástico al pie de una cama modesta en la celda número 5 de la prisión federal ubicada en Campo de Mayo, el ex general Jorge Rafael Videla explicó en detalle cómo se tomaron las decisiones sobre los detenidos durante los años de la dictadura, cómo se confeccionaron las listas de las personas que debían ser detenidas y en qué consistió el método de la Disposición Final, nombre de entre casa otorgado por las FF.AA. a la forma en que se decidió el destino de miles de prisioneros.

Sin arrepentimiento ni autocrítica, pero sí confesando por primera vez que siente "una molestia", "un peso en el alma", el hombre fuerte de la dictadura explicó descarnadamente cómo analizaban los militares la situación de aquel momento: "Pongamos que eran siete mil u ocho mil las personas que debían morir para ganar la guerra contra la subversión; no podíamos fusilarlas. Tampoco podíamos llevarlas ante la Justicia", explicó”.

Disposición Final: "Son dos palabras muy militares y significan sacar de servicio una cosa por inservible. Cuando, por ejemplo, se habla de una ropa que ya no se usa o no sirve porque está gastada, pasa a Disposición Final. Ya no tiene vida útil"<sup>4</sup>.

V Congreso de Convergencia. Porto Alegre, 20 de junio de 2012.

---

<sup>3</sup> La Nación. Abril de 2112.

<sup>4</sup> Ceferino Reato: Disposición final. 2012.